

LOS BORJA EN VALENCIA. NOTA SOBRE HISTORIOGRAFIA, HISTORICISMO Y PSEUDOHISTORIA*

por

José M^a Cruselles Gómez

(UNIVERSITAT DE VALÈNCIA)

El punto de partida de esta reflexión, que afecta al devenir historiográfico de la materia borgiana y a las formas particulares que ha adquirido en nuestro país, es una constatación descorazonadora: abordar el examen sistemático de los títulos escritos sobre el papa Alejandro VI Borja y sus hijos César y Lucrecia, supone empeñarse en una tarea tan ardua como poco provechosa. Ardua porque es literalmente inabarcable el número de los autores (historiadores, novelistas, dramaturgos, ensayistas, poetas, músicos) que se han sentido atraídos por el tema, alentados en sus esfuerzos más o menos creativos, más o menos artísticos, más o menos científicos, por un mercado editorial capaz de engullir con voracidad cualesquiera productos o subproductos tocantes a dichos personajes. De poco provecho, además, porque su búsqueda debería comprender la práctica totalidad de los territorios conocidos de la creación literaria, incluida la historia y no como el más destacado entre ellos.

La construcción del mito borgiano comenzó en el mismo momento en que murió el pontífice en 1503, e incluso antes, si resulta cierto que el maestro de ceremonias Johann Burckard restaba tiempo al sueño para combinar las anécdotas cotidianas del palacio apostólico con el *Malleus Maleficarum* y

* Una primera versión de este trabajo fue presentada como ponencia en el congreso *De València a Roma a través dels Borja*, celebrado en febrero de 2000 en la Universidad de Valencia con el patrocinio de la Generalitat Valenciana y la sociedad "Roma nel Rinascimento".

otras demonologías de boga en la época.¹ Como podemos seguir con detalle a través del ensayo de Marion Hermann-Röttgen, la leyenda borgiana se construyó con los materiales culturales disponibles en el siglo XVI; algunos de tan larga solera como los mitos del Anticristo y el de Caín y Abel, otros relativamente recientes como el catálogo tridentino de los pecados capitales. En esta primera época, el papel principal parece haberlo jugado el florentino Francesco Guicciardini, que organizó materiales aparecidos con anterioridad, sobre todo durante los últimos años del pontificado de Alejandro VI. El prestigio que cobró inmediatamente su *Storia d'Italia* vino a formalizar el mito y a difundirlo entre un público selecto y culto que, a partir de entonces, devoraba con fruición las andanzas borgianas para conocer con detalle qué comportamientos eran dignos de condena.² Desde aquellos tiempos lejanos, y a decir de los expertos, el público ha tendido a crecer en número y a menguar en cultura, pero sus gustos continúan siendo en esencia los mismos. La propaganda política de los luteranos y anglicanos, la moral tridentina de los católicos, las supersticiones y la misoginia de todos ellos, dieron ocasión a sucesivas reelaboraciones. Cada siglo aportó sus propias deformidades y el mito se adaptó a situaciones históricas y culturales cambiantes, sin perder nunca ese aura de increíble pero cierto que azusa nuestra curiosidad por la vida privada del prójimo y produce pingües dividendos en el mercado editorial.

Hacia fines del siglo XVII la materia borgiana largó el lastre de los hechos históricos, que en adelante dejaron de condicionar el relato. Por eso, pocos beneficios pueden obtenerse de llevar la crítica histórica más allá de la génesis material e ideológica de una determinada obra para tratar de enfrentarla a sus contradicciones e inexactitudes. No creo que los hechos históricos sean útiles a la hora de contrastar la calidad o la influencia de obras como las de Gregorio Leti, Victor Hugo, Apollinaire o Blasco Ibáñez.³

¹ Cfr. M. HERMANN-RÖTTGEN, *La familia Borja. Historia de una leyenda*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1994, p. 18; y H. KRAMER y J. SPRENGER, *Malleus maleficarum (El martillo de los brujos)*, ed. de Floreal Mazía, Buenos Aires, Orión, 1975.

² Cfr. F. GUICCIARDINI, *Storia d'Italia*, ed. de S. Seidel Menchi, con ensayo introductorio de Felix Gilbert, Turín, Giulio Einaudi, 1971.

³ Cfr. G. LETI, *Vita di Cesare Borgia detto il duca Valentino*, prefacio y notas de Massimo Fabi, Milán, Borroni e Scotti, 1853; V. HUGO, *Lucrece Borgia: drame*, París, E. Renduel, 1833 (*Lucrecia Borgia: drama en cinco actos*, trad. de Angel Cepeda, Madrid, impr. de Repullés, 1835); G. APOLLINAIRE, *La Rome des Borgia*, París, Bibliothèque des Curieux, 1914 (*La Roma de los Borgia*, Barcelona, Icaria, 1984); V. BLASCO IBÁÑEZ, *A los pies de Venus (Los Borgia)*, Valencia, Prometeo, 1926.

Los autores del siglo XIX eran conscientes de las distancias de forma y contenido que separaban la novela de la historia, de manera que utilizaban esta última como cantera de materiales novelescos y de ninguna manera se responsabilizaban de unos hechos (históricos) que en propiedad competían a los historiadores. Al cabo, este tipo de novela nació del saqueo de la historia y no de la colaboración supuestamente posible (y presuntamente deseable) que en la actualidad pretende justificar el resurgimiento de un subgénero que hemos dado en llamar “novela histórica”, y que no es historia ni muchas veces novela, pero que ha ganado un espacio editorial más que considerable merced a su autoatribuida capacidad de “informar entreteniéndolo”. Por supuesto, el público del siglo XIX no era más capaz de distinguir lo novelesco de lo histórico que el de los albores del siglo XXI, pero Alejandro Dumas no pretendía impartir a sus lectores clases de historia divertidas, sino simplemente divertirlos, y eso siempre es de agradecer.⁴

Más problemático resulta el ensayo pseudohistórico, subgénero que se declara ligado a la historia aunque esté más próximo en realidad a la novela histórica, con la que mantiene una relación simbiótica en el intercambio de temas y materiales. Su aspecto formal, más o menos logrado según los casos, lo hace especialmente insidioso. Aquí la historia ya no resulta “entretenida” como resultado de la habilidad narrativa del literato transmutado en historiador didáctico (y a menudo autodidacta), sino porque, como reza el viejo tópico convertido en canon de periodistas y maestros del *best-seller*, la realidad supera siempre a cualquier ficción. La materia borgiana resulta paradigmática de una doble impostura en la que fantasía y pseudohistoria se alimentan mutuamente, animadas (jaleadas incluso) por la demanda editorial. Por otro lado, la fragmentación lingüística del mercado añade un fenómeno de multiplicación estéril: a las traducciones de los títulos más emblemáticos vienen a sumarse en cada país las adaptaciones nacidas del remedo, el trasunto y la amalgama, que sin añadir nada esencial cumplen la tarea de adecuar el mito a los particulares gustos de alemanes, ingleses, franceses, italianos y españoles. Se trata, por tanto, de un efecto mimético que tiene más que ver con los incentivos editoriales que con el conocimiento histórico, y cuyos efectos se ven potenciados por un segundo fenómeno

⁴ Cfr. A. DUMAS, *Crimes célèbres*, 8 vols., París, Administration de Librairie, 1839-1840 (*Los Borgia: historia romana del siglo XV*, Barcelona, F. Sánchez, 1844; *Crímenes célebres*, trad. de M. Angelón y E. de Inza, Barcelona, L. Tasso, 1858; *Los Borgia*, Madrid, Mainar Ediciones, 2001).

generado en las mismas instancias: la traducción a otras lenguas de aquellos *collages* que han alcanzado cierto éxito en un determinado país. Así, la materia borgiana genera clónicos innumerables mientras rebota de un escritor a otro, de un lugar a otro, de una cultura literaria a otra. Sería necesario, sin duda, establecer distinciones dentro del grupo y medir la distancia que separa, pongamos por caso, a Maria Bellonci de Anny Latour o de Ivan Cloulas;⁵ sin embargo, no parece que este empeño pueda sobrevivir a la sensación de desánimo, de hastío incluso, que invade al historiador apenas se aventura en aguas tan cenagosas.⁶

El más influyente entre los pseudohistóricos ha sido, sin duda, el libro de Ferdinand Gregorovius sobre Lucrecia Borja, aparecido en 1874, cuya tercera edición revisada y ampliada constituyó el texto definitivo que tomaron las traducciones francesas, inglesas y un siglo más tarde italianas (puesto que la temprana traducción de la obra al italiano, en el mismo año 1874, aseguró una prolongada fidelidad a la primera edición alemana).⁷ El carácter ficticio del personaje creado por Gregorovius ha sido puesto de manifiesto por M. Hermann-Röttgen, quien desmenuza el proceso de adaptación de los hechos (es decir, de los testimonios literarios y documentales que la fe positivista de Gregorovius transmutaba en hechos) a las convicciones

⁵ Cfr. M. BELLONCI, *Lucrezia Borgia. La sua vita e i suoi tempi*, Milán, Arnoldo Mondadori, 1939 (*Lucrecia Borja. Su vida y su época*, prólogo de F. Almela y Vives, Barcelona, Luis Miracle, 1948; *Lucrezia Borja*, notas introductorias de Joan F. Mira y Miquel Batllori, Valencia, Eliseu Climent, 1992); A. LATOUR, *Les Borgia*, París, R. Julliard, 1962 (*Los Borgia*, Barcelona, Editorial Mateu, 1965); I. CLOULAS, *Les Borgia*, París, Fayard, 1987 (*Los Borgia*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1988).

⁶ Un buen ejemplo lo ofrece un análisis historiográfico reciente donde Agostino Borromeo salda el tema con una llamada a la prudencia dirigida a los biógrafos de Alejandro VI, a la que se añaden dos sumarias constataciones: la escasa utilidad de "las obras de síntesis más recientes" (entre ellas las mencionadas de Latour y Cloulas) y la necesidad de "una monografía moderna y actualizada de este controvertido pontificado" (cfr. A. BORROMEO, "El pontificado de Alejandro VI: corrientes historiográficas recientes", en *El tratado de Tordesillas y su época. Congreso Internacional de Historia*, vol. II, Madrid, Sociedad V Centenario del Tratado de Tordesillas, 1995, pp. 1133-1151).

⁷ Cfr. F. GREGOROVIVS, *Lucrezia Borgia. Nach Urkunden und Briefen ihrer Zeit*, Stuttgart, Cotta, 1874 (*Lucrezia Borgia. Secondo documenti e carteggi del tempo*, ed. de Raffaele Mariano sobre la 1ª ed. alemana, Florencia, Le Monnier, 1874; *Lucrece Borgia: d'après les documents originaux et les correspondances contemporaines*, ed. de Paul Regnaud sobre la 3ª ed. alemana, París, Sandoz et Fischbacher, 1876; *Lucrecia Borgia, según los documentos y correspondencias de su propio tiempo*, ed. de A. Escarpizo, Barcelona, Lorenzana, 1962; *Lucrezia Borgia. Secondo documenti e carteggi del tempo*, ed. de A. Romano y L. Quattrocchi sobre la 3ª ed. alemana, Roma, Salerno ed., 1988).

morales y sociológicas peculiarmente burguesas del autor.⁸ Sin embargo, la obra fue asumida sin objeciones por los historiadores de la época, y en especial por el prestigioso Ludwig von Pastor.⁹ Por esta vía, Gregorovius se convirtió en un autor canónico respecto al tratamiento histórico del mito borgiano, sustituyendo a un Guicciardini cuya autoridad había comenzado a ser discutida desde principios del siglo XIX. A lo largo de la centuria siguiente, la manera de contar de Gregorovius y el orden que había dado al relato se convirtieron en modelo para buen número de autores, desde el Baron Corvo hasta los más recientes Schüller-Piroli e Ivan Cloulas, pasando por la exitosa Maria Bellonci,¹⁰ por citar sólo a los más significados entre la pléyade de pseudohistóricos que hicieron de la materia borgiana un fenómeno editorial paneuropeo y configuraron ese universo en permanente autoproducción, copia perpetua de sí mismo, que se nutre tanto de reediciones de los “clásicos” como de “aportaciones novedosas” literalmente idénticas entre sí. Un mundo que coloca en una posición incómoda al historiador, obligado a elegir entre la nada gratificante tarea de refutar *ad nauseam* toda suerte de inexactitudes, exageraciones y falsedades, y la opción más expeditiva de descalificar el conjunto e ignorarlo en bloque como parte de un subgénero literario desvinculado de la historiografía en cuanto a sus programas y métodos. Una alternativa esta última que resulta tentadora, aunque tampoco carece de riesgos, porque en total ausencia de los historiadores, ese “debate” pseudohistórico que a estas alturas ya ha cobrado vida propia, tendría el camino definitivamente libre.

El triunfo editorial de Gregorovius y de la ensayística pseudohistórica vino a restar difusión, a medio y largo plazo, a la obra de Ludwig von Pastor, mucho más fiel a los criterios de rigor documental e interpretativo de la

⁸ Cfr. HERMANN-RÖTTGEN, *La familia Borja*, cit., pp. 149-159.

⁹ Cfr. L. FREIHERT VON PASTOR, *Geschichte der Päpste seit dem Ausgang des Mittelalters*, 16 vols., Freiburg i. Br., Herder, 1886-1933 (*Histoire des Papes depuis la fin du Moyen Âge*, 18 vols., París, E. Plon, 1888-1925; *The history of the popes, from the close of the Middle Ages*, 40 vols., Londres, J. Hodges, 1891-1953; *Historia de los papas desde fines de la Edad Media*, versión de la cuarta edición alemana por R. Ruiz Amado, J. Monserrat y M. Almarcha, 12 vols., Barcelona, Gustavo Gili, 1910-1952).

¹⁰ Cfr. F. W. ROLFE (Barón Corvo), *Chronicles of the house of Borgia*, Londres: G. Richards - Nueva York, Dutton, 1901 (*Les Borgia*, París, J. C. Godefroy, 1984); S. SCHÜLLER-PIROLI, *Borgia. Die Zerstörung einer Legende. Die Geschichte einer Dynastie*, Freiburg i. Br., Walter, 1963 (*Los Borgia. Leyenda e historia de una familia*, Barcelona, Caralt, 1967); ID., *Die Borgia-Päpste Kalixt III. und Alexander VI*. Munich 1980 (*Los papas Borgia Calixto III y Alejandro VI*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1991); CLOULAS, *Les Borgia*, cit.; BELLONCI, *Lucrezia Borgia*, cit.

mejor tradición positivista. Con todo, los historiadores decimonónicos se habían sentido atraídos por el mito borgiano mucho antes de la publicación en 1895 del tercer volumen de la *Historia de los Papas*.¹¹ Desde 1824, Leopold von Ranke había terciado a favor de Guicciardini en la polémica que William Roscoe había abierto contra su obra en 1805,¹² y en los años treinta el padre del historicismo romántico alemán compuso una historia de los papas romanos cuyos puntos de vista serían asumidos unas décadas más tarde por Jacob Burckhardt, convirtiéndose por este camino en la piedra angular, la cara oscura por antonomasia de la recreación decimonónica del mito del Renacimiento.¹³ Después, el éxito de Gregorovius avivó aún más el interés del mercado, que a comienzos de la década de los ochenta estaba dispuesto para acoger tanto la obra apologética de Andrea Leonetti,¹⁴ como la primera edición de los diarios de Johann Burckard.¹⁵ En este ambiente, el acceso de Pastor a la abundante documentación del Archivo Secreto Vaticano y la serenidad con la que abordó el tema hicieron de su obra algo más que una respuesta católica a Ranke, sin que falte quien asegure que sus logros apenas han sido superados por las investigaciones del siglo XX.

El creciente interés por la materia borgiana como objeto del análisis histórico no pasó del todo desapercibido en España, a donde se dirigieron algunos estudiosos europeos con la esperanza de obtener nuevos materiales genealógicos. Sin embargo, la incorporación al debate de los historiadores españoles se vio dificultada tanto por el estado de los archivos como por una tradición historiográfica que, desde los tiempos de Zurita, era poco afectada a la figura de Alejandro VI.¹⁶ Autor de una de aquellas primeras aportacio-

¹¹ Cfr. von PASTOR, *Geschichte der Päpste im Zeitalter der Renaissance von der Whal Innocenz' VIII. bis zum Tode Julius' II*, Freiburg i. Br., Herder, 1895.

¹² Cfr. W. ROSCOE, *The life and Pontificate of Leo the Tenth*, Filadelfia, Lorenzo press of E. Bronson, 1805-1806.

¹³ Cf. L. von RANKE, *Die römischen Papste, ihre Kirche und ihr Staat im 16. und 17. Jahrhundert*, 3 vols., Berlín, Duncker und Humblot, 1834-1836; J. BURCKHARDT, *Die Kultur der Renaissance in Italien: ein Versuch*, Basilea, Schweighauser, 1860 (*La cultura del Renacimiento en Italia*, trad. de J. A. Rubio, Madrid, Escelcier, 1941).

¹⁴ Cfr. A. LEONETTI, *Papa Alessandro VI secondo documenti e carteggi del tempo*, Bolonia, Tipografia Pont. Mareggiani, 1880.

¹⁵ Cfr. J. BURCKARD, *Capelle pontificie sacrorum rituum magistri diarium sive rerum urbanarum commentarii (1483-1506)*, ed. de L. Thuasne, 3 vols., París, E. Leorux, 1883-1885.

¹⁶ Las peores lacras de Calixto III eran el nepotismo y la ambición desmedida, agravadas por el desagradecimiento e incluso la deslealtad hacia su regio patrón, Alfonso el Magnánimo, quien lo había encumbrado hasta las más altas dignidades de la Iglesia (cfr. J. ZURITA, *Anales de la Corona*

nes, Manuel Oliver declara que fue la polémica suscitada en torno a la biografía apologetica del dominico francés H. Ollivier¹⁷ lo que le condujo a los archivos de la casa de Osuna en algún momento posterior a 1870, y que si los “extractos” entonces reunidos tardaron algún tiempo en ver la luz fue porque “las circunstancias políticas de nuestra patria” no se estimaron adecuadas. Al cabo, tanto él como su mentor Antonio Cánovas del Castillo, creyeron conveniente contestar al plagio perpetrado por C. Bayonne, otro dominico francés.¹⁸ Publicado en 1886, el artículo de Oliver pasó desapercibido en medio de los debates entre historiadores católicos que precedieron y siguieron a la edición, ese mismo año, del primer volumen de la obra de Pastor.

En las últimas décadas del siglo XIX, y sin perjuicio de que el mito literario y pseudohistórico mantuviera su propia lógica evolutiva, la materia borgiana irrumpió en el mundo de los archivos, que según cedía en su hermetismo administrativo iba proporcionando informaciones siempre sorprendentes y polémicas. Los estudiosos valencianos no ignoraban la feracidad de sus propios fondos, pero estaban lejos de contar con la disposición y los medios necesarios para explotarlos. Los estudios universitarios de historia apenas habían mantenido un tenue aliento durante la segunda mitad de la centuria, subsidiarios de la enseñanza del derecho; e incluso llegaron a desaparecer entre 1883 y 1896 con el cierre de la Facultad de Letras.¹⁹ Por otro lado, la construcción del discurso histórico burgués estaba ligada de

de Aragón, ed. de A. Canellas López, vol. 7, libro XVI, cap. XXXII, pp. 130-133; y *ibidem*, cap. XXXIX, pp. 166). Tan inteligente y audaz como su tío materno, Alejandro VI había heredado sin embargo su comportamiento nepotista y su resuelta decisión a obrar en cada momento según sus particulares intereses (cfr. J. ZURITA, *Historia del rey don Hernando el Católico: de las empresas y ligas de Italia*, ed. de A. Canellas López, vol. 1, libro I, cap. XI, pp. 42-44; y *ibidem*, cap. XXII, pp. 79-84).

¹⁷ Cfr. H. OLLIVIER, *Le Pape Alexandre VI et les Borgia*, t. I, París, Albanel, 1870. La obra concitó el rechazo del jesuita H. MATAGNE, “Une réhabilitation d’Alexandre V”, *Revue des Questions Historiques*, 9 (1870), pp. 466-475; e ID., “Le cardinal Rodrigo Borgia, réponse au R. P. Ollivier”, *Revue des Questions Historiques*, 11 (1872), pp. 181-198.

¹⁸ Cfr. M. OLIVER HURTADO, “D. Rodrigo de Borja (Alejandro VI). Sus hijos y descendientes”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 9 (1886), pp. 402-447. En un viaje a Madrid, el P. Bayonne había tenido acceso a algunas transcripciones obtenidas por Oliver en el archivo de la casa de Osuna y las había publicado como propias, a través de Thuasne, en el tercer volumen de los diarios de Johann Burckard, aparecido en 1885.

¹⁹ Cfr. M. BALDÓ LACOMBA, “La Facultat de Filosofia i Lletres de Valencia, 1857-1977. Esbós històric”, *Saitabi*, 47 (1997), pp. 21-87.

manera inseparable al concepto de estado-nación, y desde ese punto de vista ni la historia foral valenciana ni en particular la biografía de Alejandro VI resultaban atractivas. La primera porque constituía una rama secundaria, una confluencia menor en el tronco principal de la historia de España. La segunda porque el perfil moral del personaje era incómodo y su españolidad cuestionable, o cuanto menos prescindible. Los documentos, sin embargo, estaban ahí y llamaban poderosamente la atención de algunos clérigos-historiadores, quizás los únicos dispuestos entonces a reivindicarlos como parte de su propio pasado. En el siglo XVIII, Jaime Villanueva había incluido algunos en su *Viaje literario*, y en 1887 Fidel Fita publicaba los títulos fundacionales del ducado borgiano de Gandía, a los que había podido acceder por intercesión de los archiveros Bofarull y Chabás.²⁰

Atento a los progresos del positivismo y desde la privilegiada atalaya del archivo de la catedral de Valencia, el canónigo Roque Chabás hizo su propia aportación al debate en 1893, cuando publicó ciertos papeles que habían pertenecido a Ginés Fira, hombre de confianza de Alejandro VI (una de las *anime nere borgiane* de Maria Bellonci).²¹ Los documentos, de calidad similar a los exhumados por Pastor en el Archivo Vaticano, permitían ahondar en la personalidad de Alejandro VI y en sus relaciones con el duque Joan de Borja y sus hermanos, a quienes el celo católico de Chabás seguía negando cualquier otra condición que la de sobrinos del papa. Con todo, y como no podía ser menos, el artículo pasó desapercibido tanto para los historiadores europeos como para los nacionales. Los primeros estaban más atentos a la “gran historia” que se debatía en las obras de Gregorovius, Pastor o Yriarte.²² Los segundos eran totalmente ajenos a la cuestión.

²⁰ Se trata de una carta de los jurados de Valencia dirigida a Alejandro VI (cfr. J. VILLANUEVA, *Viaje literario a las iglesias de España*, ed. de J. L. Villanueva, t. II, Madrid, Imprenta de Fontanet, 1902, pp. 213-216) y de algunas noticias relativas a la relación de ambos papas Borja con la colegiata de Xàtiva (cfr. *ibidem*, t. III, Madrid, Imprenta del Real, 1806, pp. 99-131; F. FITA, “D. Pedro Luis de Borja, duque de Gandía”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 10 (1887), pp. 311-328).

²¹ Cfr. R. CHABÁS, “Alejandro VI y el duque de Gandía. Estudio sobre documentos valencianos”, *El Archivo*, VII (1893), pp. 85-139.

²² Cfr. Ch. YRIARTE, *César Borgia: sa vie, sa captivité, sa mort, d'après de nouveaux documents des dépôts des Romagnes, de Simancas et des Navarres*, París, J. Rothschild, 1889; *Id.*, *Autour les Borgia. Les monuments—Les portraits—Alexandre VI—César—Lucrèce—l'épée de César—L'oeuvre d'Hercule de Fideli—Les appartements Borgia au Vatican. Études d'histoire et d'art*, París, J. Rothschild, 1891. La obra de Charles Yriarte contradecía los juicios negativos de Ranke y Burckhardt y reivindicaba a los protagonistas del ciclo borgiano en vísperas de la aparición del

El mito borgiano, de hondas raíces en la cultura europea, no formaba parte del acervo hispánico, de manera que fue desarrollado por autores ultrapirenaicos que prescindieron por completo de los orígenes geográficos y culturales de sus protagonistas. Una exclusión que se justificaba en términos retóricos y facilitaba el aislamiento de la figura de Alejandro VI, destacando su ruindad moral y allanando el camino de la condena al eximir a los autores de buscar explicaciones más allá de los hechos evidentes. Algunos, como el francés Gebhart, alegaban el carácter apátrida del personaje: “Una estancia de medio siglo en Italia y la vida eclesiástica en Roma habían expulsado al español que hubo en él; carecía del genio severo, de la gravedad, la obstinación y la arrogancia de su país y de su raza”.²³ Otros, como el italiano Portigliotti, animaban a sus lectores a desconfiar de un advenedizo de orígenes tan oscuros: “Alejandro VI está solo en la escena histórica. De su árbol familiar no nos queda más que un mínimo puñado de noticias, desvaídas e inciertas; casi nada del medio donde creció y se formó. En consecuencia, todo intento de indagación genealógica y de reconstrucción ambiental pronto debe ser abandonado”.²⁴ En su momento, Pastor había hecho referencia al asunto de los orígenes e incluido en su obra algunas leyendas como la famosa profecía de San Vicente Ferrer acerca del futuro pontificado de Alfonso de Borja; pero en términos generales la condición de españoles, catalanes o valencianos de Rodrigo y de sus hijos (más o menos específica según los conocimientos y las fuentes de cada autor) no servía sino para resaltar la excentricidad de sus costumbres y la naturaleza exótica de su carácter. Jacob Burckhardt se declaraba incluso tentado de prescindir de Alejandro VI en una obra dedicada a las “formas italianas de cultura”, puesto que aquellos Borja tenían tan poco de italianos “como los aragoneses de la Casa de Nápoles”.²⁵ Hablaban entre sí en español, vestían trajes españo-

tercer volumen de la obra de Pastor, que recogía el pontificado de Alejandro VI. Semejante actitud no bastó para que sus obras se tradujeran en nuestro país, pero le ganó algún émulo español (cfr. A. J. ONEIVA SANTAMARÍA, *César Borgia. Su vida, su muerte y sus restos (Estudio biográfico y crítico)*. Madrid, Gran Capitán, 1945).

²³ Cfr. E. GEBHART, “Un problème de morale et d’histoire. Les Borgia”, *Revue des deux mondes*, 57 (1887), pp. 889-919; 58 (1888), pp. 141-173, y especialmente la p. 145.

²⁴ Cfr. G. PORTIGLIOTTI, *I Borgia: Alessandro VI, Cesare, Lucrezia*, Milán, Fratelli Treves, 1921, p. 3

²⁵ Cfr. J. BURCKHARDT, *La cultura del Renacimiento en Italia*, Barcelona, Iberia, 1983, p. 78; un punto de vista que se separaba netamente de Guicciardini, de quien Ranke y Burckhardt tomaban otros aspectos de la leyenda negra borgiana. Así, el historiador florentino consideraba como pro-

les, sus sicarios y verdugos eran españoles y, por si esto fuera poco, bailaban bailes españoles y lidiaban toros bravos “en ruedo cerrado”, una imagen que cuadraba a la perfección con la España atrasada, extravagante y feroz de los viajeros decimonónicos.²⁶ Este punto de vista, asumido en lo esencial por Pastor, convirtió a los Borja de la literatura y la pseudohistoria en una suerte de advenedizos de cuna incierta y turbia naturaleza. Las voces discordantes fueron pocas. Charles Yriarte y después Émile Bertaux se preocuparon, al menos, de documentar la existencia de un vínculo tangible entre la familia y su país natal. El esfuerzo no sirvió para alterar en lo esencial el carácter insólito de Alejandro VI, y sólo algunos lectores especialmente avisados podían referirse a sus orígenes señalando un punto concreto del mapa.²⁷ En las primeras décadas del siglo XX, algunos estudiosos que como Benedetto Croce y Arturo Farinelli tenían un conocimiento más cercano de las culturas hispánicas, estuvieron en condiciones de situar al pontífice y a los suyos en el contexto más amplio de las relaciones culturales trabadas entre España e Italia durante los tiempos medievales y modernos; e incluso se atrevieron, no sin concitar los rechazos correspondientes, a proyectar algunas luces sobre aquel oscuro *spagnolismo* al que se conside-

piamente italiana a la dinastía fundada por Alfonso V el Magnánimo en el reino de Nápoles, que sólo habría quedado en manos extranjeras a partir de la conquista francesa de 1494 (cfr. GUICCIARDINI, *Storia d'Italia*, cit., vol. I, p. 131).

²⁶ Resulta impagable el retrato colectivo que el británico Richard Ford ofrece de los valencianos, en el que encajan a la perfección los perfiles más siniestros de la saga borgiana: “En los aspectos más oscuros de su carácter, los valencianos se parecen tanto a sus antepasados celtíberos como a los cartagineses. Son pérfidos, vengativos y recelosos, variables y traicioneros. Su carácter es una especie de *tigre singe*, crueldad junto con frivolidad. Tan suave y flexible, tan alegre y, al tiempo, vacío de todo lo bueno: y tampoco cabe fiarse de su buen humor, porque, como el del demonio, depende de que se encuentren satisfechos y al menor contratiempo pasan, como la hiena riante, al gruñido y al mordisco; en ningún otro lugar es tan frecuente el asesinato. Sonríen y muerden al tiempo que sonríen (...) El pontífice Alejandro VI y sus hijos, Lucrecia y César Borgia, eran valencianos. Al amparo de grandes apellidos, que son aquí moneda corriente, estos *delincuentes honrados* fueron una ignominia a la naturaleza masculina y femenina por igual: Lucrecia tenía la belleza sin la castidad de su tocaya, y César la ambición del suyo; fue la encarnación misma de la mala fe y de la sed de oro y sangre de su padre; sus *sicarios* y sus *bravos* escogidos eran valencianos...” [cfr. R. FORD, *A hand-book for travellers in Spain, and readers at home*, 2 vols., Londres, J. Murray, 1845 (*Manual para los viajeros por los reinos de Valencia y Murcia, y lectores en casa*, Madrid, Turner, 1982, p. 16)].

²⁷ Cfr. YRIARTE, *César Borgia*, cit.; E. BERTAUX, “Monuments et souvenirs des Borgia dans le royaume de Valencia”, *Gazette des Beaux Arts*, 1 (1908), pp. 89-113; 2 (1908), pp. 198-220, incluidos luego en el título recopilatorio *Études d'histoire et d'art*, París, Hachette, 1911.

raba responsable casi único de la postración que aquejaba a la península itálica desde los tiempos del Gran Capitán.²⁸

A finales del siglo XIX, el clérigo Roque Chabás no asumió la paternidad de Alejandro VI, lo que ha conducido a algunos a expulsar su trabajo a las tinieblas exteriores donde moran los apologistas del papa Borja. Sin embargo, su aproximación a las fuentes valencianas contenía el germen de una renovación de la materia borgiana que el propio autor no estaba entonces en condiciones de ampliar.²⁹ Mayores logros cabe atribuir a su discípulo y heredero intelectual, el también canónigo José Sanchis Sivera, tanto por la calidad del material documental que rescató en los cuatro trabajos editados entre 1919 y 1925,³⁰ como por el reconocimiento, aunque fuera desganado y no sin límites, de algunos de los extremos más dolorosos de la leyenda borgiana. Una actitud forzada quizás por la recepción de la obra de Pastor, que comenzó a traducirse al castellano en 1910, y por la nueva edición de los diarios de Burckard iniciada por Enrico Celani en 1906,³¹ pero que llevaba a Sanchis Sivera a posiciones más cercanas a las de Pastor de lo que al propio canónigo le hubiera gustado reconocer. Pese a sus imprecaciones contra “los crímenes forjados por escritores sin conciencia y las calumnias inventadas por los protestantes”;³² pese a sus denuncias un tanto patéticas, aunque en esencia acertadas, contra la xenofobia que latía

²⁸ Cfr. B. CROCE, *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*, Bari, Gius. Laterza & Figli, 1917; A. FARINELLI, *Italia e Spagna*, 2 vols., Turín, Fratelli Bocca, 1929; la opinión contraria, que veía en el pontificado de Alejandro VI la continuación de la presencia aragonesa en Nápoles y el preludio del aún más nefasto dominio español sobre Italia, queda recogida en G. PEPE, *La politica dei Borja*, Nápoles, Riccardo Ricciardi, 1945.

²⁹ Aún abordaría unos años más tarde la cuestión borgiana en un trabajo de menor entidad cuya repercusión fue tan escasa como la del anterior (cfr. R. CHABÁS, “Don Jofre de Borja y doña Sança de Aragón”, *Revue Hispanique*, 9 (1902), pp. 484-488).

³⁰ Cfr. J. SANCHIS SIVERA, “Algunos documentos y cartas privadas que pertenecieron al segundo duque de Gandía, don Juan de Borja (notas para la historia de Alejandro VI)”, *Anales del Instituto General Técnico de Valencia*, IV (1919), pp. 5-152 (*Alguns documents i cartes privades que pertanyeren al segon duc de Gandia*, en *Joan de Borja: notes per a la història d'Alexandre VI*, ed. de V. García Martínez, Gandía, CEIC Alfons el Vell, 2001); Id., “El cardenal Rodrigo de Borja en Valencia”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 84 (1924), pp. 120-164; Id., *Un breve del papa Alejandro VI*, “Boletín de la Real Academia de la Historia”, 87 (1925), pp. 261-273; Id., “El obispo de Valencia, don Alonso de Borja (Calixto III), 1429-1458”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 88 (1926), pp. 241-313.

³¹ Cfr. *Johannis Burckardi Liber Notarum ab anno MCCCCLXXXIII usque ad annum MDVI*, edición de E. Celani, 3 vols., Città di Castello, S. Lapi, 1906-1942.

³² Cfr. SANCHIS SIVERA, *Algunos documentos*, cit., p. 9.

en el trasfondo de la leyenda negra borgiana, y que él, hijo de su tiempo, interpretaba como antiespañolismo;³³ pese a todo ello, tampoco Sanchis Sivera debe ser incluido sin más en la cohorte de los panegiristas acríticos. Dejando aparte consideraciones polémicas, su acercamiento al tema soslayó en todo momento la pseudohistoria de Gregorovius para situarse en el lugar desde el que era necesario partir: los archivos, y en particular los archivos valencianos. Una manera de hacer que compartían autores como Juan Altisent Jové y José Rius Serra, que por aquellos años abordaron algunas cuestiones relativas al pontificado y la figura de Calixto III,³⁴ pero que no era ni mucho menos la que tenía mejor acogida entre el público.

En 1926, el polifacético Vicente Blasco Ibáñez publicó una novela borgiana cuyo título (*A los pies de Venus*) suponía toda una declaración de intenciones literarias;³⁵ y por lo que toca a la ensayística pseudohistórica, la Lucrecia Borja del marqués de Villa-Urrutia señaló en 1922 la recepción temática de la obra de Gregorovius.³⁶ En los años treinta se tradujeron al castellano algunos títulos franceses e italianos de las décadas anteriores,³⁷

³³ Así, las “ambiciones desmedidas y pasiones desordenadas de sus enemigos” pretendían desvirtuar la gestión políticoreligiosa de Calixto III Borja, cuya “condición de extranjero, o mejor dicho, de español” le hacía especialmente vulnerable a la intriga y la calumnia (cfr. SANCHIS SIVERA, *El obispo de Valencia*, cit., p. 304). En este punto, su coetáneo Ferran Soldevila prefería hablar de anticatalanismo: “...la seva condició de catalans (...) fou una de les causes principals de la terrible animadversió que envers ells va congriar-se en certes esferes italianes” (cfr. F. SOLDEVILA, “Els Borja”, ed. de Enric Pujol, *Afers. Fulls de recerca i pensament*, 17 (1994), pp. 165-179). En cualquier caso, Farinelli ha rastreado con detalle esa aversión en la literatura italiana de finales del siglo XV y principios del XVI, donde aparece estrechamente ligada a sentimientos antisemitas. Nada distinguía a los españoles de los judeoconversos, todos una horda de infieles que había invadido Italia como castigo por los pecados que habían cometido sus habitantes. Alejandro VI era, tanto para sus rivales religiosos (Savonarola) como políticos (Giuliano della Rovere), el prototipo ideal del “marrano” (*marrano catalano*, según especifican otros autores); un epíteto que también se aplicó con largueza a la progenie napolitana de Alfonso el Magnánimo y al mismo emperador Carlos V, parte todos ellos de la que Pietro Aretino calificaba airadamente como la *malegna setta di spagnoli* [cfr. A. FARINELLI, *Marrano (storia di un vituperio)*, Ginebra, Leo S. Olschki, 1925].

³⁴ Cfr. J. B. ALTISSENT JOVÉ, *Alfonso de Borja en Lérida (1408-1423): después Papa Calixto III*, Lérida, Gráficas Academia Mariana, 1924; J. RIUS SERRA, “Catalanes y aragoneses en la Corte de Calixto III”, *Analecta Sacra Tarraconensia*, 3 (1927), pp. 129-330.

³⁵ V. nota 3. No era el primer novelista español tentado por el tema (cfr. M. FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, *Lucrecia Borgia (Memorias de Satanás): novela histórica original*, 2ª ed. corregida, 2 vols., Madrid, Miguel Guijarro, 1873).

³⁶ Cfr. W. RAMÍREZ, marqués de VILLA-URRUTIA, *Lucrecia Borja: estudio histórico*, Madrid, Tip. Artística, 1922.

³⁷ Cfr. G. PORTIGLIOTTI *I Borgia: Alessandro VI, Cesare, Lucrezia*, Milán, Fratelli Treves, 1921 (Los Borgia, Madrid-Barcelona, J. Gil, 1936); KLABUND (Alfred Henschke), *Borgia: Roman einer*

lo tocante al perfil moral y político de Alejandro VI no dudaba en apartarse de su modelo para abrazar el discurso revisionista de Roo y Ferrara.⁴² Un esfuerzo reivindicativo que tenía su antecedente inmediato en el discurso apologético pronunciado en 1941 por Pascual Beltrán en el Centro de Cultura Valenciana,⁴³ y que pocos años después encontraría paladín más esforzado si cabe en el canónigo Elías Olmos Canalda, genuino remedo valenciano del piadoso Roo.

En 1912 Olmos había sustituido a Roque Chabás al frente del archivo de la catedral de Valencia, de manera inopinada y en perjuicio del sin duda más competente Sanchis Sivera.⁴⁴ Su obra histórica se apartó pronto de los principios críticos que habían presidido la labor de los otros dos, y su acercamiento a la materia borgiana no fue una excepción. Autor de sendas “reivindicaciones” repetidamente editadas en los primeros años cincuenta, el canónigo archivero no dudó en acentuar el celo exculpatorio que Almela había desplegado para defender a Lucrecia Borja,⁴⁵ ni tampoco en apropiarse de los argumentos de Roo (oportunamente traducido al castellano en 1952 por el Centro de Cultura Valenciana) para limpiar el nombre de Alejandro VI de los lodos que sobre él habían arrojado los escritores malsanos de uno y otro pelaje.⁴⁶ Por aquellas fechas, sin embargo, Peter de Roo había sido sobradamente desprestigiado por sus adversarios, que aireaban con fruición cada una de sus omisiones e inexactitudes. Así, los esfuerzos de Olmos apenas merecieron algunas líneas condenatorias del italiano G. B. Picotti, martillo de revisionistas, añadidas como corolario en un artículo destinado a demoler la edición italiana del libro de Orestes Ferrara.⁴⁷ Para entonces

⁴² Cfr. F. ALMELA Y VIVES, *Lucrecia Borja y su familia*, Barcelona, Juventud, 1943.

⁴³ Cfr. B. PASCUAL BELTRÁN, *El gran papa español Alejandro VI en sus relaciones con los Reyes Católicos. Discursos leídos en el Centro de Cultura Valenciana en la recepción pública del director de número don Buenaventura Pascual y Beltrán*, Valencia, La Semana Gráfica, 1941.

⁴⁴ Acerca de las circunstancias que rodearon la llegada de Olmos Canalda al archivo de la catedral de Valencia, véase la introducción de M. Rodrigo Lizondo al recopilatorio J. SANCHIS SIVERA, *Estudis d'història cultural*, València-Barcelona, Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana i Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1999, pp. 15-34, y en especial la p. 17.

⁴⁵ Cfr. E. OLMOS CANALDA, *Reivindicación de Lucrecia Borgia: notas para la historia de los Borja*, 2ª ed., Valencia, Semana Gráfica, 1951.

⁴⁶ Cfr. E. OLMOS CANALDA, *Reivindicación de Alejandro VI (El Papa Borja)*, prólogo de J. Caruana y Reig, barón de San Petrillo, Valencia, Semana Gráfica, 1952.

⁴⁷ Cfr. G. B. PICOTTI, “Ancora sul Borgia”, *Rivista di Storia della Chiesa in Italia*, 8 (1954), pp. 313-355. Aunque en términos formalmente menos duros, también rechazaba la obra de Ferrara el

Picotti ya se había medido a otros contrincantes más recios, como era su compatriota Giovanni Soranzo, quien en 1950 intentó reivindicar la moralidad política y sexual de Alejandro VI abriendo una agria discusión que, prolongada durante un decenio, constituye hasta hoy el último gran episodio de la polémica borgiana.⁴⁸

El público español de los años cincuenta y sesenta era completamente ajeno a las discusiones que enfrentaban a los historiadores foráneos, pero demostraba tanto interés por la novela y la pseudohistoria borgiana como cualesquiera otros lectores europeos. Las ediciones se multiplicaron: destructores, partidarios y tibios se tradujeron o publicaron *ex novo* sin atender a ningún criterio formal o ideológico. A los mencionados Almela y Olmos se unieron otros folletinistas autóctonos como Nicolás González Ruiz, Antonio Onieva, Enric Moreu-Rey o J. M. Tavera;⁴⁹ y la nómina de las traducciones se vio ampliada con el ya clásico Gregorovius y otros títulos de producción más reciente que entonces comenzaban a llegar a los lectores españoles con relativa puntualidad.⁵⁰ Por su parte, la historia académica de posguerra se mantuvo fiel a la tradición que excluía de sus preocupaciones el pontificado de Alejandro VI. Éste, pese a su origen, no había concitado la simpatía de los Reyes Católicos y su figura encajaba mal en el discurso histórico de la construcción del imperio, de manera que se recurría a ella

jesuita catalán Miquel Batllori, que en los años siguientes se convertiría en uno de los máximos especialistas en la materia. Batllori desaprobaba tanto a “la irrefrenable cuadrilla de difamadores antiborgianos” como el apologismo acríptico de Ferrara y de su maestro Roo, a los que acusaba de “hacer oscuras las cuestiones claras y oscurecer aún más las que ya por sí mismas resultan oscuras” (cfr. *La Civiltà Cattolica*, 105, n^o 2 (1954), pp. 64-65; reed. en *La familia Borja*, Valencia, Tres i Quatre, pp. 255-256).

⁴⁸ Cfr. G. SORANZO, *Studi in torno a papa Alessandro VI (Borgia)*, Milán, Università Cattolica del Sacro Cuore, 1950; con réplica de G. B. PICOTTI, “Nuovi studi e documenti e documenti intorno a papa Alessandro VI”, *Rivista di Storia della Chiesa in Italia*, 5 (1951), pp. 169-262; y sucesivas contraréplicas. Una valoración de los puntos de vista de ambos puede encontrarse, junto con el detallado seguimiento bibliográfico de la polémica, en BORROMEO, *El pontificado de Alejandro VI*, cit., pp. 1138-1141.

⁴⁹ Cfr. N. GONZÁLEZ RUIZ, *Dos mujeres bajo la leyenda del veneno: Catalina de Médicis, Lucrecia Borgia*, Barcelona, Cervantes, 1944; A. J. ONIEVA SANTAMARÍA, *Lucrecia Borgia: Leyenda y realidad*, Barcelona, Noguer, 1957; E. MOREU-REY, *El pro i el contra dels Borja*, Palma de Mallorca, Moll, 1958; J. M. TAVERA BAZ, *Los grandes amantes de la historia*, Barcelona, Gassó Hnos., 1958.

⁵⁰ Véanse, por ejemplo, C. FUSERO, *Cesare Borgia*, Milán, Dall'Oglio, 1958 (*César Borgia*, trad. de A. Lupo, Barcelona, Planeta, 1967); J. LUCAS-DUBRETON, *Les Borgia*, París, Fayard, 1952 (*Los Borgia: retablo histórico de una familia de leyenda*, Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1962); LATOUR, *Los Borgia*, cit. (v. nota 5); SCHÜLLER-PIROLI, *Los Borgia*, cit. (v. nota 10).

sólo cuando se abordaban asuntos como el de las bulas alejandrinas y, en términos generales, siempre dentro del contexto de las relaciones exteriores de la monarquía hispánica.⁵¹ En este punto, las recopilaciones documentales de Antonio de la Torre, Suárez Fernández y Borrás Feliu,⁵² junto con trabajos como los de Justo Fernández Alonso sobre los legados Desprats, Boil y Aranda,⁵³ o los de Tarsicio de Azcona sobre la política eclesiástica de los Reyes Católicos,⁵⁴ hubieran permitido una reconstrucción del entorno político de Alejandro VI que sólo se ha realizado de manera parcial.

En los últimos años cincuenta el vacío comenzó a llenarse con la publicación de los primeros trabajos borgianos de Miquel Batllori. Éste era ya un

⁵¹ Sobre las bulas pontificias tocantes al Nuevo Mundo y el planteamiento de esta cuestión en los años cuarenta y cincuenta, cfr. M. GIMÉNEZ FERNÁNDEZ, "Las bulas alejandrinas de 1493 referentes a las Indias", *Anuario de Estudios Americanos*, 1 (1944), pp. 171-429; ID., *Nuevas consideraciones sobre la historia, sentido y valor de las bulas alejandrinas de 1493 referentes a Indias*, Sevilla, Editorial Católica, 1944; ID., "Todavía más sobre las letras alejandrinas de 1493 referentes a las Indias", *Anales de la Universidad Hispalense*, 14 (1953), pp. 241-301; A. GARCÍA GALLO, "Las bulas de Alejandro VI y el ordenamiento jurídico de la expansión portuguesa y castellana en África e Indias", *Anuario de Historia del Derecho Español*, 27-28 (1957-1958), pp. 461-829; A. DE LA HERA, "El regio vicariato de Indias en las bulas de 1493", *Anuario de Historia del Derecho Español*, 29 (1959), pp. 317-349; ID., "El tema de las bulas indianas de Alejandro VI", *Estudios Americanos*, 19 (1960), pp. 257-267.

⁵² Cfr. A. DE LA TORRE, *Documentos sobre relaciones internacionales de los Reyes Católicos*, 6 vols., Barcelona, CSIC, 1949-1966; L. SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Política internacional de Isabel la Católica. Estudio y documentos*, 5 vols., Valladolid, Instituto Isabel la Católica de Historia Eclesiástica, Universidad de Valladolid, 1965-1972; A. BORRÁS I FELIU, "Cartes d' Alexandre VI conservades a l'Arxiu del Palau de Barcelona", *Analecta Sacra Tarraconensis*, 46 (1973), pp. 279-323.

⁵³ Cfr. J. FERNÁNDEZ ALONSO, "Don Francisco de Prats, primer nuncio permanente en España (1492-1503). Contribución al estudio de las relaciones entre España y la Santa Sede durante el pontificado de Alejandro VI", *Anthologica Annu*, 1 (1953), pp. 67-154; ID., "Instrucción de Alejandro VI a fray Bernardo Boil como legado ante los Reyes Católicos (enero-marzo 1498)", *Cuadernos de Historia de España*, 31-32 (1960), pp. 173-187; ID., *Pedro de Aranda, obispo de Calahorra (†1500). Un legado de Alejandro VI ante la Señoría de Venecia (1494)*, en *Miscellanea in onore di Monsignor Martino Giusti, Prefetto dell' Archivio Segreto Vaticano*, vol. I, Ciudad del Vaticano, Archivio Vaticano, 1978, pp. 255-285.

⁵⁴ Cfr. T. de AZCONA, *La elección y reforma del episcopado español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, Instituto Enrique Flórez, 1960; ID., "Relaciones de Inocencio VIII con los Reyes Católicos según el Fondo Podocataro de Venecia", *Hispania Sacra*, 32 (1980), pp. 3-30; ID., "Relaciones de Alejandro VI con los Reyes Católicos según el Fondo Podocataro de Venecia", en *Dalla Chiesa antica alla Chiesa moderna: miscellanea per il cinquantesimo della Facoltà di storia ecclesiastica della Pontificia università gregoriana*, Roma, Università Gregoriana, 1983, pp. 145-172.

historiador de sólido prestigio,⁵⁵ que abordaba el tema movido por el interés hacia la genealogía de san Francisco de Borja y, de manera más inmediata, por el redescubrimiento de la correspondencia de Alejandro VI conservada en el Archivo Vaticano. Desconocedores de la lengua catalana, Ludwig von Pastor, Maria Bellonci y Giovanni Soranzo sólo habían podido utilizar aquel fondo de manera incompleta, desaprovechando las oportunidades que ofrecía para reconstruir el entorno político y familiar del segundo papa Borja.⁵⁶ La propuesta historiográfica de Batllori no podía ser más novedosa: reivindicaba la identidad nacional de Alejandro VI y de sus colaboradores al tiempo que proponía el completo abandono de la pseudohistoria y reclamaba la sujeción rigurosa de la materia borgiana a los procedimientos de la crítica histórica. Firme detractor del revisionismo de Peter de Roo, Orestes Ferrara y Olmos Canalda, que consideraba pernicioso a la hora de abordar una interpretación católica del pontificado de Alejandro VI, el jesuita catalán rehusaba intervenir en polémicas estériles como la sostenida por Soranzo y Picotti. El prestigio y la difusión de su obra, que ha sido objeto de diversas recopilaciones, han contribuido decisivamente a conferir a la materia borgiana categoría de objeto del conocimiento histórico. En Batllori, la recuperación de los orígenes geográficos, genealógicos y culturales de la familia Borja daba pie a una nueva formulación temática que se apartaba de los cánones habituales de transmisión del mito y entroncaba, por una parte, con los esfuerzos crítico-positivos de Pastor, Chabás y Sanchis Sivera, y por otra con la reivindicación de la identidad cultural catalana, en

⁵⁵ Cfr. A. ALCOBERRO, *Miquel Batllori*, Barcelona, Fundació Catalana per a la Recerca, 2000; y una valoración de la obra borgiana del mencionado autor en M. CARBONELL, "Miquel Batllori i la història de la família Borja", en J. SOLERVICENS (ed.) *Miquel Batllori, historiador humanista. Cicle sobre la seva obra (17 de febrer-17 de març de 1998)*, Sabadell, Fundació Caixa Sabadell; Barcelona, Reial Acadèmia de Bones Lletres, 1998, pp. 45-50.

⁵⁶ La correspondencia de 1493-1494 constituía el soporte de tres trabajos que vieron la luz en la segunda mitad de los años cincuenta, y junto con la genealogía de la familia Borja publicada en 1972, forma el núcleo principal de la aportación de Batllori a la materia borgiana (cfr. M. BATLLORI, *La correspondència d'Alexandre VI amb els seus familiars i amb el Reis Catòlics*, V Congreso de Historia de la Corona de Aragón. Estudios, vol. II, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1956, pp. 307-313; Id., "De ortu Iohannis, tertii ducis gaudiensis, sancti Francisci Borgiae patris, monumenta quaedam", *Archivum Historicum Societatis Iesu*, 26 (1957), pp. 199-217; Id., *Alejandro VI y la Casa Real de Aragón, 1492-1498*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1958; Id., "La stirpe di san Francesco Borgia: dal Duecento al Cinquecento", *Archivum Historicum Societatis Iesu*, 41 (1972), pp. 5-47; todos ellos recogidos en versión catalana en M. BATLLORI, *Obra completa*, IV. *La família Borja*, Valencia, Tres i Quatre, 1994).

cuyo pasado cabía asignar a los papas Borja una parte tan destacada como la de otros grandes políticos, pensadores y artistas.⁵⁷

Hacia finales de los años setenta comenzó en tierras valencianas la recuperación de los Borja por una historia local revitalizada con la constitución de los ayuntamientos democráticos y el desarrollo de las instituciones autonómicas. Desde entonces, poblaciones como Gandía, Játiva y Canals han venido reclamando su condición de lugares borgianos y, en consecuencia, la parte que les corresponde en el esplendor valenciano del siglo XV.⁵⁸ El fenómeno creció durante los años ochenta hasta alcanzar un primer punto álgido en torno a la conmemoración del pontificado de Alejandro VI en 1992, cuando se generalizó al conjunto del mundo cultural valenciano. La obra y la figura de Batllori ocuparon en todo momento un lugar central, imprimiendo al conjunto de tales manifestaciones los codiciados marchamos de rigor científico y exaltación de los valores culturales autóctonos.

⁵⁷ Cfr. M. BATLLORI, "La langue littéraire dans l'épistolaire catalan des Borgia", *VIII Congresso di studi romanzi*, Florencia, Sansoni, 1959, pp. 55-57; Id., "El català, llengua de cort a Roma durant els pontificats de Calixt III y Alexandre VI", *Actes del 6º Col.loqui internacional de llengua i literatura catalanes* (Roma 1982), Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1983, pp. 509-521; ambas recogidas en M. BATLLORI, *Obra completa*, IV, cit. La importancia que debía cobrar la identidad nacional a la hora de reinterpretar la historia borgiana había sido esbozada ya en los años treinta por Ferran Soldevila, autor de un texto entonces inédito que se apoyaba en los documentos exhumados por Sanchis Sivera para trazar el perfil d'uns personatges lligats tan vivament a les terres catalanes pels vincles entranyables de la sang i de l'idioma (cfr. F. SOLDEVILA, *Els Borja*, cit., p. 168).

⁵⁸ Véanse, por ejemplo, R. ALVENTOSA, "Alfonso de Borja y la iglesia de Santa Cruz de la Torre de Canals", en *Canals, Festes 1975*, Ayuntamiento de Canals, pp. 53-55; Id., "Nobleza de sangre de Domingo de Borja", en *Canals. Festes 1976*, Ayuntamiento de Canals, pp. 44-46; S. LA PARRA LÓPEZ, "Entre el Renaixement i el Barroc: l'època dels Borja", en *El Llibre de la Safor*, Sueca, Impremta Palàcios, 1983, pp. 267-274; M. GONZÁLEZ BALDOVÍ, "Al voltant del castell de Fira i les restes de la capella Borja, en Xàtiva". *Fira d'Agost 1983*, Ayuntamiento de Játiva, pp. 58-63; J. CASEY, *La hisenda del Marquesat de Llombai en temps dels Borja*, Llombai, Biblioteca Pública Municipal, 1985; M. DOMÍNGUEZ, *Els Borja*, La Safor, CEIC Alfons el Vell, 1985; V. PÉREZ GUILLEM, *L'enigma dels quatre elements al Palau Borja de Gandia*, Gandia, CEIC Alfons el Vell, 1985; L. GÓMEZ-ACEVO, "Un apunte sobre Calixto III", en *Canals. Festes 1988*, Ayuntamiento de Canals, pp. 156-158; J.-L. CEBRIÁN MOLINA, "Els escuts medievals de n'Alfons de Borja Calixte III", en *Canals. Festes 1989*, Ayuntamiento de Canals, pp. 77-82; Id., *L'oratori i la terrassa del palau dels Borja a la Torre de Canals*, Valencia, Generalidad Valenciana, Canals, Ayuntamiento, 1990; M. GONZÁLEZ BALDOVÍ, "Xàtiva, l'espai dels Borja. Itinerari fotogràfic, en 1492-1992", *V Centenari del Pontificat d'Alexandre VI*, Játiva, Ayuntamiento, 1992; M. BOIX-A. RUIZ, *Els Borja, valencians universals*, Gandia, CEIC Alfons el Vell, 1993; J. M. BORJA DEVESA-S. LA PARRA LÓPEZ, *La imatge de los Borja/La imatge dels Borja*, Valencia, Producciones Altair, 1993; R. CALABUIG, *Els Borja a la Sotsgovernació de Xàtiva*, Játiva, Ayuntamiento, 1994; S. LA PARRA LÓPEZ, *La ruta valenciana de los Borja*, Gandia, Punto Cero, 1997.

Sin embargo, un somero repaso de la producción editorial demuestra que en el *revival* borgiano de los noventa ha cabido prácticamente todo.

En 1990, los círculos intelectuales eclesiásticos contribuyeron con un número monográfico de la revista *Saó* que incluía aproximaciones a la historia política, eclesiástica y artística donde se destacaba la valencianidad de los papas Borja y su notable contribución a la universalidad de la cultura catalana.⁵⁹ En esta línea se mantuvieron en 1992 los monográficos publicados por la Fundació Jaume I y por la revista *Quaderns de Xàtiva*, que al igual que la mencionada *Saó* no descuidaban la presencia del padre Batllori.⁶⁰ Sin embargo, el monográfico de la revista *Afers* correspondiente al año 1994, presentado también por Batllori, mostraba un aspecto distinto, híbrido, que resultaba de la mezcla algo desconcertante entre trabajos realizados desde una perspectiva que podemos calificar de autóctona y otros a cargo de autores extranjeros, en buena medida alemanes, que abordaban la leyenda borgiana desde la crítica histórico-literaria,⁶¹ en la línea del trabajo de Hermann-Röttgen traducido ese mismo año por el Institut Valencià d'Estudis i Investigació,⁶² cuya autora participaba en el volumen de *Afers*. Para esas fechas también habían aparecido en Valencia algunos destacados hitos de la ensayística pseudohistórica. En 1991 la versión castellana de *Los Papas Borgia* de Schüller-Pirolli,⁶³ en 1992 la traducción catalana de la *Lucrezia Borgia* de Maria Bellonci,⁶⁴ brevemente presentada por un diplomático Batllori que venía a resaltar la belleza formal y la substancial honradez de un texto (“a la vez historia y teatro, drama y tragedia”) que, sin embargo, se encontraba muy lejos de su propio pensamiento historiográfico. También en 1992, el padre Batllori intervenía en la edición de otra venerable antigüalla: un libro de Mario Menotti que había visto la luz en 1917, ahora aligerado de lo manifiestamente erróneo u obsoleto, y adaptado a los tiem-

⁵⁹ Cfr. *Saó. Monogràfics*, 5 (1990); un camino que ya había comenzado a andar a principios de los ochenta el dominico Miquel LLOP CATALÀ, “Los papas valencianos: Calixto III y Alejandro VI”, *Anales Valentinos*, 8 (1982), pp. 229-264.

⁶⁰ Cfr. *Els Borja, un llinatge universal dels Països Catalans: cinc-cents anys de l'elecció de Roderic de Borja, fill de Xàtiva, com a Papa Alexandre VI (1942)*, Barcelona, Fundació Jaume I, 1992; y “Xàtiva. Els Borja”, *Quaderns de Xàtiva*, 4 (1992).

⁶¹ Cfr. “Els Borja”, *Afers. Fulls de Recerca i Pensament*, 17 (1994).

⁶² Cfr. M. HERMANN-RÖTTGEN, *Die Familie Borgia. Geschichte einer Legende*, Stuttgart-Weimar, J.B. Metzler, 1992 (v. nota 1).

⁶³ V. nota 10.

⁶⁴ V. nota 5.

pos con la adición de sendas contribuciones originales de Ximo Company y Marià Carbonell.⁶⁵ Por el contrario, en 1986 se había exhumado la *Lucrecia Borja* de Almela mediante una quinta edición que conservaba, petrificados por el transcurso del tiempo, todos los excesos y defectos de 1943. Tampoco ha faltado desde entonces alguna apología al estilo de Olmos Canalda,⁶⁶ ni títulos de resonancias folletinescas,⁶⁷ siempre en armonía con el gusto de un público mayoritario que se aviene mal a la normalización historiográfica del mito, y al que los editores procuran mantener provisto de materiales que, nuevos o reciclados, pocas veces se apartan del guión establecido,⁶⁸ esa “leyenda negra” que algunos, dejándose llevar por el entusiasmo, han dado por enterrada un tanto prematuramente.⁶⁹

⁶⁵ Cfr. M. MENOTTI, *I Borgia: storia e iconografia*, Roma, Tip. dell'Unione Editrice, 1917 (*Els Borja. Història i iconografia*, ed. de M. Batllori y X. Company, Valencia, Bancaixa, 1992). Acerca de la importancia de esta contribución de M. Carbonell, que facilita el conocimiento de la personalidad de Alejandro VI a través de su relación con el mundo del arte, cfr. BORROMEO, *El pontificado de Alejandro VI*, cit., pp. 1150-1151.

⁶⁶ Cfr. A. NICOLAU SENENT, *En defensa y reivindicación de Alejandro VI (El Papa Borja)*, Alicante, 1992 (ed. de la autora).

⁶⁷ Cfr. J. M. BORJA DEVESA, *Lucrecia, mi amor: intrigas, pasiones y amores secretos en la historia de la Corona de Aragón*, Oliva, Gráficas Colomar, 1989; A. ATIENZA PEÑARROCHA, *L'última cavalcada de César Borja*, Valencia, L'Oronella, 2000.

⁶⁸ Entre los nacionales baste citar las biografías noveladas de C. MARTÍNEZ ESTERUELAS, *Francisco de Borja, el nieto del escándalo*, Barcelona, Planeta, 1988; J. R. BLANCO, *César Borgia*, Espacredit, 1988; A. CEREZALES, *Lucrecia Borja: máscara de sombras*, Madrid, Exadra, 1989; C. BARBERÁ, *Yo, Lucrecia Borgia*, Barcelona, Planeta, 1989; y entre las traducciones de autores extranjeros las de L. COLLISON-MORLEY, *The story of the Borgias*, Londres, G. Routledge & Sons, 1932 (*Los Borgia. La turbulenta historia del Papa español Alejandro VI y de sus hijos César y Lucrecia*, Barcelona, Acuario, 1982); J. ROBICHON, *Les Borgia: la trinité maudite*, París, Perrin, 1989 (*Los Borgia: la trinidad maldita*, Madrid, Edaf, 1991); H. S. HAASSE, *De scharlaken stad: roman*, Amsterdam, Querido, 1952 (*La Ciudad Escarlata. La novela de los Borgia*, Barcelona, Edhasa, 1993); G. APOLLINAIRE, *La Rome des Borgia*, cit. (v. nota 3); y R. GERVASO, *I Borgia*, Milán, Rizzoli, 1976 (*Los Borgia: Alejandro VI, el Valentino, Lucrecia*, Barcelona, Península, 1996); M. PUZO-C. GINO, *The family: a novel*, Nueva York, Regan Books, 2001 (*Los Borgia: la primera gran familia del crimen*, Barcelona, Planeta, 2001).

⁶⁹ Cfr. M. SERRA, “Els Borja. La fi de la llegenda negra”, *El temps* (31 de octubre de 1994), donde los aficionados a las hemerotecas podrán reencontrarse con aquel ambiente de efervescencia borgiana en el que se mezclaban, lejos de cualquier sistema de categorías, productos de la naturaleza más diversa: desde el cine de Abel Gance a la música de Jordi Savall, desde la crítica documental de Miquel Batllori al imaginario posmoderno de Manuel Vicent, autor reacio a abandonar los extremos más políticamente incorrectos de la leyenda negra y responsable de uno de los pocos intentos solventes de adaptar el mito literario borgiano a los parámetros culturales del fin de siglo (cfr. M. VICENT, *Borja Borgia*, Barcelona, Destino, 1995).

Pero, a pesar del carácter variopinto de los productos editoriales que en los últimos años han visto la luz en Valencia, Játiva o Gandía, podemos afirmar que a estas alturas se ha creado, o al menos perfilado en sus rasgos esenciales, un nuevo paradigma que nace antes de la reinterpretación de la materia borgiana tradicional que de la aportación de informaciones novedosas. Un paradigma que no es fruto directo de la obra del padre Batllori, sino el resultado de un consenso más amplio entre los historiadores locales en cuyo núcleo encontramos, desde luego, la obra del padre Batllori. Sus rasgos esenciales, ampliamente compartidos, podemos entresacarlos tanto de la crónica novelada de Joan F. Mira,⁷⁰ como de manera aún más precisa del ensayo de Ximo Company (*Els Borja, espill del temps*), cuyo título revela con claridad meridiana el programa interpretativo del autor.⁷¹ Dichos rasgos pueden, en aras de la eficacia expositiva, sintetizarse en cuatro cualidades que los cultivadores de este nuevo paradigma consideran necesario reivindicar para el conjunto de los personajes de la saga borgiana: su humanidad, su valencianidad (interpretada por algunos en el sentido amplio de catalanidad), su dimensión universal y su neto perfil cultural.

Humanidad. Frente a la naturaleza entre grotesca y monstruosa que la leyenda literaria y pseudohistórica ha atribuido a los protagonistas de la saga, cabe insistir en su carácter esencialmente humano, lo que supone el deslizamiento hacia un inevitable (e incluso saludable si limitado) relativismo moral. Las acciones de los papas Borja, de sus parientes y connacionales, deben juzgarse en consonancia con las prácticas y los parámetros morales de la época en que vivieron, y no en función de los códigos impuestos o extendidos con posterioridad. Una llamada a la historicidad que reduce ne-

⁷⁰ Cfr. J. F. MIRA, *Borja Papa*, Valencia, Tres i Quatre, 1996; sin duda el más destacado de cuantos acontecimientos editoriales han jalonado las celebraciones borgianas en la Valencia de los años noventa; y también el más difícil de valorar desde un punto de vista estrictamente historiográfico, dado que el autor se sitúa de forma deliberada en un territorio incierto entre la ficción formal y el análisis histórico, la reflexión sobre las causas y la exposición prolija de los hechos. Continuator de aquel éxito ha sido el también celebrado J. F. MIRA, *Els Borja: familia i mite*, Alzira, Bromera, 2000, síntesis ilustrada que asume formas más convencionales de ensayo histórico, donde el autor acentúa su vocación pedagógica y renuncia a buena parte de los matices y la complejidad de la primera obra en aras de la simplicidad narrativa.

⁷¹ Cfr. X. COMPANY, *Els Borja, espill del temps*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1992; una revisión introspectiva y apasionada que constituye el asalto más audaz de cuantos se han realizado desde Valencia contra la leyenda negra borgiana; aunque sea inevitable albergar el temor de que tanto entusiasmo pueda deslizarse fácilmente hacia un nuevo apologismo.

cesariamente la dimensión mítica de la materia borgiana y aboga por interpretaciones más prosaicas. El núcleo duro de la leyenda negra, las deformidades morales achacadas a Alejandro VI por sus contemporáneos (el maestro de ceremonias Burckard, los embajadores españoles y venecianos, Francesco Guicciardini, etc.), vienen a explicarse en última instancia como el resultado perverso de combinar propaganda política y prejuicios xenóforos. No se trata, desde luego, de una interpretación novedosa: la encontramos en los apologistas católicos forzada hasta la caricatura, y de manera más equilibrada en cuantos historiadores han cuestionado la veracidad de la leyenda negra.

Valencianidad/catalanidad. En este punto cobran una importancia capital las aportaciones de Batllori al estudio de la correspondencia cruzada entre Alejandro VI y sus familiares y colaboradores más inmediatos. Los Borja fueron siempre fieles a sus orígenes geográficos y culturales, se rodearon de su gente y promocionaron en Roma la lengua catalana. A partir de aquí es posible hacer una relectura políticamente correcta del nepotismo de la leyenda negra (cuyo carácter xenófobo aún queda más en evidencia) y al mismo tiempo reforzar la identificación de los valencianos actuales con sus ilustres antepasados, para los que se reclama ya sin ambages un lugar preeminente en la historia nacional. Ésta es, sin duda, la aportación más novedosa de este paradigma que podríamos llamar autóctono, pues al reclamar a los Borja como propios los rescata del limbo ahistórico de los parias sin origen al que habían sido arrojados por los historiadores extranjeros, y supera la aversión impuesta desde antiguo por la tradición historiográfica española.

Universalidad. El éxito de la familia Borja resulta tanto más notable cuanto logrado a partir de sus modestos orígenes valencianos. Una ciudad tan pequeña como Játiva, un lugar tan humilde como Canals, dieron al mundo algunos de sus más ilustres gobernantes y a la cultura valenciana una de sus máximas cimas. Los Borja constituyen uno de los elementos más destacados del mito universal del Renacimiento; no resulta extraño, por tanto, que el *revival* borgiano local se haya servido del interés que la leyenda suscita en los países del entorno y entremezcle con los suyos propios los productos de autores italianos, alemanes o ingleses, por dispares que sean los presupuestos temáticos y metodológicos de unos y otros. En última instancia, el objetivo perseguido no es propiamente construir (o reconstruir) una

historiografía borgiana, sino avalar la universalidad del mito para reclamar la parte que corresponde a la cultura valenciana/catalana en la génesis de un espacio cultural común, que en las actuales condiciones políticas se representa ante todo como espacio europeo. Así los Borja, y con ellos Valencia, pasan a ser considerados contribuyentes netos en el proceso actual de reconstrucción del mito de Europa.⁷²

Cultura. En general, el perfil político e incluso eclesiástico de la obra borgiana ha sido atenuado en favor de su perfil cultural, siguiendo dos líneas argumentales convergentes: la promoción lingüística puesta en evidencia por el padre Batllori, y el mecenazgo artístico y literario en el que han venido insistiendo los numerosos trabajos de Ximo Company.⁷³ Lejos de la imagen de ibérica barbarie que les endosaban Jacob Burckhardt y otros cultivadores de la leyenda negra, los Borja participaron activamente en dos fenómenos culturales tan relevantes como el esplendor de las letras catalanas y el renacimiento artístico y literario italiano. Su condición de símbolo nacional y su universalidad quedan así revalidadas, al tiempo que la aportación valenciana a la Europa unida cobra ese marchamo de calidad que conferimos a los grandes logros culturales.

En conjunto, este nuevo paradigma aboga por una radical normalización del mito, se aleja de la apología acrítica de Peter de Roo y tampoco se identifica con la más moderada de Soranzo, aunque tome algunos elementos de ella. Lo que más importa no es discutir la realidad o falsedad de las imputaciones de la leyenda negra, sino reubicarlas en un contexto atemperado y promover la identificación emocional del lector (valenciano) con los per-

⁷² La exaltación de la valencianía y la universalidad del mito borgiano, y su decidida contribución a la cultura del Renacimiento y a la construcción europea, constituyen el argumento principal de diferentes volúmenes colectivos, participados en mayor o menor medida por las instituciones locales y autonómicas (cfr. *L'Europa renaixentista. Simposi sobre els Borja (València, 25-29 d'octubre 1994)*, Gandía, CEIC Alfons el Vell, Editorial Tres i Quatre, Ajuntament de Gandia, 1998; A. SÁNCHEZ, V. CASTELL y M. PESET, *Alejandro VI, papa valenciano*, Valencia, Consell Valencià de Cultura, 1994; Xàtiva, *els Borja: una projecció europea*, 2 vols., Játiva, Ajuntament de Xàtiva, 1995; *Els temps dels Borja*, Játiva-Valencia, Ajuntament de Xàtiva, Consell Valencià de Cultura, 1996).

⁷³ Véanse, entre otros, X. COMPANYY, *El papa Calixte III, mecenes d'art*, en X. COMPANYY (ed.), *Els Monicada i Alfons de Borja a la Seu vella de Lleida*, Lérida: Amics de la Seu Vella, 1991, pp. 105-122; ID., *Llengua, cultura i mecenatge artístic dels Borja*, en *Els Borja, un llinatge universal dels Països Catalans*, cit., pp. 46-68; ID., "El mecenatge artístic i cultural dels Borja", en *Els temps dels Borja*, cit., pp. 129-139.

sonajes centrales de la saga. Una adaptación de la materia borgiana a las particulares condiciones políticas y culturales de la Valencia finisecular que, con todas las contradicciones y titubeos que se quiera, se ha mostrado capaz de establecer un programa mínimo, un punto de encuentro común para literatos, ensayistas e historiadores.

Cabe, sin embargo, extremar las precauciones. En sus esfuerzos por limpiar la memoria del papa, los apologistas católicos terminaron empeñados en un estéril combate contra los hechos cuya memoria debería resultarnos hoy más patética que ofensiva. Del mismo modo, el recurso a mecanismos de identificación sentimental basados principalmente en el origen cultural y nacional, puede conducirnos a sustituir la ahora denostada leyenda negra por una leyenda blanca igualmente falseadora. Un peligro cuyos indicios se han hecho evidentes (atronadores incluso) en medio de las celebraciones institucionales y mediáticas que han acompañado el particular repunte borgiano del año 2000, más afecto a la reiteración de argumentos y opiniones que a una verdadera renovación del conocimiento histórico.⁷⁴ Así, el amplio despliegue de conferencias, exposiciones, obras de divulgación histórica y artículos de prensa ha terminado sancionando la idea de que la antigua familia pontificia constituyó, en palabras de J. F. Mira, “la única aportación realmente importante de los valencianos a la historia de Europa”.⁷⁵ Salvando que nos pueda parecer abusiva o sólo exagerada, semejante afirmación desvela hasta qué punto sigue arraigada entre nosotros la vieja fe historicista que, desde su formulación decimonónica, apuntala en Europa los mitos nacionales más variopintos. Puede alegarse que la cultura catalana, careciendo de estado propio, no ha tenido ocasión de desarrollar adecuadamente su particular sistema de referencias identitarias; pero también debemos preguntarnos si el desarrollo que el conocimiento historiográfico ha alcanzado a principios del siglo XXI permite al historiador, en cualquier

⁷⁴ Mención especial merecen, en cualquier caso, las exposiciones celebradas en los lugares borgianos bajo el auspicio de la Generalidad Valenciana y las respectivas instituciones municipales, y que se han traducido en tres volúmenes de reciente aparición [cfr. GISBERT, J. A. (ed.), *Sucre & Borja. La canyamel dels ducs, del trapig a la taula*, Gandía, Generalitat Valenciana-Ajuntament de Gandia, 2000; M. GONZÁLEZ BALDOVI-V. PONS ALÓS (eds.), *El hogar de los Borja*, Játiva, Generalitat Valenciana-Ajuntament de Xàtiva, 2001; *Los Borja: del mundo gótico al universo renacentista*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2001.

⁷⁵ Cfr. A. TOLEDO, “Els Borja: 500 aniversari de l’Any Jubilar d’Alexandre VI. Entrevista amb Joan F. Mira”, *Levante. El Mercantil Valenciano*, 10 de noviembre de 2000.

caso, seguir transitando por esos caminos.⁷⁶

En realidad, ha sido en el terreno de la historia donde los progresos han sido más tímidos, dado el carácter mayormente especulativo de nuestro *revival* borgiano. La recopilación de la obra dispersa del padre Batllori es, sin duda, uno de los mayores logros editoriales de los últimos años y el punto de partida indispensable para cualquier análisis historiográfico. Sin embargo, la edición del epistolario catalán de los Borja, pieza central de las investigaciones de Batllori sobre el perfil político y cultural de Alejandro VI, que ya fuera anunciada por este autor en el V Congreso de Historia de la Corona de Aragón celebrado en 1952, constituye todavía una cuenta pendiente que sólo en parte se ha saldado con la aparición de una antología de intenciones divulgativas.⁷⁷ Tampoco hemos utilizado los archivos valencianos en la medida de las posibilidades que ofrecen, y ello a pesar de que contamos con la labor pionera de Chabás y Sanchis Sivera, y con el encomiable esfuerzo recopilatorio de Luis Cerveró, que parece destinado a ser piedra angular de futuros acontecimientos editoriales. Se han producido avances fundamentales en lo que respecta a la formación y evolución del ducado de Gandía merced a los trabajos de Pastor Zapata y Santiago La Parra,⁷⁸ se ha profundizado en los orígenes familiares y la trayectoria polí-

⁷⁶ Con los estertores finales de este Año Borja 2000 pródigo en grandes y pequeños acontecimientos conmemorativos, han surgido los primeros signos de contestación del nuevo paradigma. El debate periodístico abierto por N. SÁNCHEZ DURA "All along Borja overdose", *El País*, 8 de enero de 2001 se ha desarrollado por los trillados senderos del reduccionismo argumentativo y el enconamiento personal, y poco o nada podrá aportar al conocimiento historiográfico; pero ha tenido la virtud de romper la aparente (y sorprendente) unanimidad que esta particular reelaboración de la materia borgiana parecía haber alcanzado entre los intelectuales valencianos durante toda la década de los noventa. Hay que convenir con V. FRANCH ("Debate", *El País*, 31 de enero de 2001) que lo que menos importa en toda esta discusión son los propios Borja, que una vez más han sido utilizados como arma arrojadiza en una reyerta cuyas causas profundas hay que buscar en otra parte.

⁷⁷ Cfr. *De Valencia a Roma. Cartes triades dels Borja*, ed. de M. Batllori, Barcelona, Quaderns Crema, 1998. La presentación del proyecto de edición de un ambiciosísimo *Diplomatari dels Borja* por parte de la editorial valenciana Tres i Quatre ha constituido uno de los principales acontecimientos mediáticos de este último año borgiano. La obra, que pretende recopilar documentación procedente tanto de Valencia como de Roma y otras ciudades españolas y europeas, deberá iniciar su andadura en los próximos años, constituyéndose en nueva piedra angular de futuros estudios borgianos (cfr. "Els arxius dels Borja, entre València i Roma", *El Temps*, 24-30 octubre de 2000).

⁷⁸ Cfr. J. L. PASTOR ZAPATA, *Gandía en la baixa Edat Mitjana. La vila i el senyoriu dels Borja*, Gandía: CEIC Alfons el Vell, 1992.; S. LA PARRA LÓPEZ, *Los Borja y los moriscos. Repobladores y "terratienientes" en la Huerta de Gandía tras la expulsión de 1609*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1992.

tica de los papas Borja y sus colaboradores,⁷⁹ y estamos progresando en un mejor conocimiento del clero valenciano del siglo XV, de sus orígenes sociales, estrategias familiares y clientelares, organización y prácticas económicas, un asunto que en mi opinión constituye el núcleo central de cualquier futura renovación historiográfica del tema.⁸⁰ En toda esta labor, nues

⁷⁹ La genealogía familiar, fijada en lo esencial por Batllori, ha experimentado notables adiciones, especialmente en lo que toca a los primeros ancestros conocidos del siglo XIV (cfr. V. PONS ALÒS, *La societat de Xàtiva en l'època dels Borja*, en *Xàtiva, els Borja: una projecció europea*, cit., vol. I, pp. 165-188), así como a las ramas secundarias que perduraron en Játiva (cfr. M. GONZÁLEZ BALDOVI, "Caballeros, notarios y labradores. Los Borja que quedaron en Xàtiva", en *El hogar de los Borja*, cit., pp. 171-183). También disponemos de nuevos datos sobre la carrera eclesiástica de Alfonso de Borja y sus vínculos políticos y financieros con Alfonso V el Magnánimo (L. P. MARTÍNEZ SANMARTÍN, "La promoció social d'Alfons de Borja al bisbat de València i la política d'Alfons el Magnànim. Església i finances estatals a l'entorn de la guerra de Castella de 1429-30", en *Xàtiva, els Borja*, cit., pp. 277-290), y de una amplia recopilación documental acerca de sus relaciones con la ciudad de Valencia (cfr. A. RUBIO VELA, *Alfons de Borja y la ciudad de Valencia (1419-1458). Colección de documentos del Archivo Histórico Municipal*, Valencia, Fundación Valencia Tercer Milenio, 2000). Sobre el pontificado de Calixto III y sus relaciones con el monarca catalano-aragonés trata el trabajo de M. NAVARRO SORNI, *Calixto III Borja y Alfonso V el Magnánimo*, tesis doctoral inédita, Universidad Gregoriana de Roma, 2001. Acerca de los orígenes familiares de Rodrigo de Borja y su supuesta nobleza de sangre véase L. P. MARTÍNEZ, J. CASTILLO y J. SÁIZ, "Els orígens de la família Borja", en *L'Europa renaixentista*, cit., pp. 39-62; y sobre los ascendientes, la formación y los inicios de la carrera eclesiástica de Joan Llopiç, datario, cardenal y hombre de confianza de Alejandro VI, cfr. J. M. CRUSELLES GÓMEZ, "El cardenal de Càpua", en *L'univers dels prohoms*, Valencia, Tres i Quatre, 1995, pp. 217-256. Para una aproximación prosopográfica al entorno borgiano en Roma, véase M. VAQUERO PIÑEIRO, "Valencianos en Roma durante el siglo XV: una presencia en torno a los Borja", en *El hogar de los Borja*, cit., pp. 185-198. Las relaciones entre Rodrigo de Borja y Fernando II el Católico durante la época del cardenalato han sido abordadas en J. M. CRUSELLES GÓMEZ, "El cardenal Rodrigo de Borja, los curiales romanos y la política eclesiástica de Fernando II de Aragón", en E. BELENGUER CEBRIÁ (ed.), *De la unión de coronas al Imperio de Carlos V. Congreso Internacional (Barcelona, 21-25 de febrero de 2000)*, vol. I, Barcelona, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001, pp. 253-279. Por último, sobre la intervención del segundo papa Borja en las fundaciones universitarias españolas de la época, véase M. PESET, "Alejandro VI y las universidades hispanas", en *Alejandro VI, papa valenciano*, cit., pp. 83-113.

⁸⁰ Cfr. V. PONS ALÒS, "La ciudad de los donceles y los eclesiásticos", en *El hogar de los Borja*, cit., pp. 51-72; V. PONS ALÒS-M. M. CÀRCEL ORTÍ, "La diócesis de Valencia durante los pontificados de los Borja", *Anales Valentinos*, 27 (2001), pp. 87-119; ID., "El clero valenciano en la época de los Borja", en *De València a Roma a través dels Borja. Congrès commemoratiu del 500 aniversari de l'any jubilar d'Alexandre VI (València, 23-26 febrer 2000)*, en prensa; M. M. CÀRCEL ORTÍ, *Ad servicium Ecclesiae dedicandi*. Clérigos aragoneses ordenados en Valencia en el siglo XV", *Aragón en la Edad Media*, 16 (2000), pp. 163-183; J. SERRA ESTELLÉS, "Notas para una historia del Cisma de Occidente en Valencia: la detentación de pabordías al inicio del Cisma", *Anales Valentinos*, 37 (1993), pp. 177-205; D. IGUAL LUIS, "Església i societat a Almassora (1245-1489)", *La Murà. Revista del Museu Municipal d'Almassora*, 3 (1999), 35-79.

tro recién estrenado paradigma borgiano puede llegar a jugar un papel importante si se utiliza como marco de referencia para elaborar hipótesis de trabajo que se aparten del debate infructuoso entre detractores y revisionistas, y abunden en la conexión entre la dinámica social autóctona y los procesos evolutivos generales. Bastante menos utilidad tendrá, por el contrario, si deviene en mero instrumento de otro historicismo localista. La *boutade* reivindicativa de Joan Fuster (“los Borja eran unos canallas, pero eran nuestros canallas”) sintetiza con lucidez meridiana las artimañas ideológicas que nutren el imaginario histórico de los estados europeos actuales, pero no creo que pueda ser utilizada en ningún caso como fórmula literal sobre la que construir el conocimiento historiográfico.